

ERGOENE

Felipe Barandiarán Irizar

Durante el curso Académico de 1955-1956 presenté en la “Escuela Práctica de Altos Estudios”, 6.^a Sección, de la Sorbona, en París, una breve monografía ante el profesor Gabriel Le Bras, gran impulsor de la Sociología de la Religión en Francia, y bajo cuya dirección me inicié en esa especialidad de la ciencia sociológica. Dicho profesor me envió una tarjeta postal que aparece en la nota correspondiente (1). Desde entonces, esta monografía ha permanecido dormida entre mis papeles y es, ahora, cuando se la ofrezco, aunque reducida, a mi amigo Julio Caro Baroja. Bien merece este homenaje a este amigo a quien conocí, como compañero, en las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en Carranza e Itziar, allá por el año 1934, a la sombra de nuestros comunes maestros Don Telesforo de Aranzadi y en mi tío Don José Miguel de Barandiarán. La razón para publicar este pequeño trabajo, en esta oportunidad, es la de que Julio Caro Baroja es un antropólogo que ha tenido muy en cuenta, en sus trabajos, el fenómeno religioso, considerado por él como un elemento valioso de la cultura y, en especial, de la Cultura Vasca. No hay más que recordar el capítulo XIX de su obra de síntesis de nuestra cultura, titulada “Los Vascos”, editada en 1949. Dentro del citado capítulo, se pueden leer

(1) “Monsieur l’abbè Barandiarán
67, av. Président Wilson
Puteaux
SEINE

Cher monsieur l’abbè:

Vous avez ètè *titularisè* par décret de 1955 et j’ai chez moi votre nomination, que jè m’excuse de ne vous avoir point remise en cours d’année.

Recueillez toutes les donnèe, de nouveau exposèe, que vous nous feriez à la Sorbonne.

Surtout, reposez vous entre les séances de travail.

Gabriel le Bras”

estas frases: “solo, sí, señalaré otra vez la importancia enorme que tiene en él (en el vasco) la Religión católica. Puede decirse, sin miedo a cometer error, que es la fuerza coercitiva más considerable de cuantas informan la sociedad vasca actual y la que lo ha movido desde fechas bastante remotas en momentos decisivos”. (op. cit. p. 370). E sa su preocupación parece igualmente en su extensa y, a la vez, notable obra por su erudición y conocimiento de los teólogos y filósofos escolásticos, de los juristas elesiásticos, acerca de las doctrinas morales y ascéticas, tal como puede apreciarse en su libro “Las formas complejas de la vida religiosa”, en los siglos XVI y XVII españoles. (Editorial Akal, 1978). Todavía, el año pasado, dirigió un curso, bajo la tutela del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, sobre la Antropología, en el que incluía como uno de los temas del programa a la Religión.

Las aportaciones de los antropólogos en relación con las creencias y prácticas religiosas, con la Magia (p. ej. la teoría de Malinowski), con el Totemismo (v. gr. la teoría de Levi-Strauss), han sido importantes. Las diferentes opciones filosóficas no han sido óbice para apartarlos de tales preocupaciones. Actualmente existe un acentuado interés de la Antropología por las culturas occidentales, rurales y urbanas; pero se observa también una mediación de la ciencia, o en los científicos, por ciertos modelos filosóficos, por la prioridad abusiva otorgada a lo económico y por la orientación materialista de algunas escuelas que les impide dar la relevancia conveniente al dato religioso.

A esta apreciación teórica acompañan ciertamente, el descaecimiento de lo religioso y la disminución ostensible, en nuestras sociedades, del prestigio social de las instituciones eclesiales, a lo que sigue la privatización de la vida religiosa, en suma la secularización progresiva del mundo contemporáneo. Todo esto parece que a algunos antropólogos les excusa de la atención debida a un fenómeno hoy menos aparente que antes, pero real en el fondo de la vida social. A pesar de que conoce muy bien este mundo cultural y esta realidad de nuestros días, Julio Caro Baroja sigue considerando necesario el interés por el hecho religioso. Así, él, continúa la tradición de los antropólogos durante un siglo y la de grandes sociólogos como Durkheim y Max Weber. Aparte de esto se me ocurre citar a un antropólogo marxista como M. Godelier: “¿Ofrece nuestro método la posibilidad de construir una teoría de los procesos de fechitización de las relaciones sociales y de, por tanto, de las distintas variedades de fetichismo ideológico, religioso o político, de abordar científicamente el dominio de la práctica simbólica? Hasta ahora, estas realidades han sido maltratadas por los partidarios de la ecología material o del marxismo o incluso se han silenciado. Su estudio se ha realizado generalmente desde una perspectiva idealista, ya sea desde el punto de vista funcionalista, como los trabajos de Turner, o estructuralistas. (“Antropología y Economía”, Ed. Anagrama 1976, pp. 320-331).

Añadiría por mi cuenta, que a los sociólogos marxistas, hoy, les preocupan los fenómenos de la secularización en el mundo occidental, el de la

increencia y sus orígenes, las actitudes y prácticas religiosas en los países del Este, etc. En 1966, tuvo lugar el “I Coloquio Internacional de Sociología de la Religión en los países socialistas” organizado por la cátedra de ateísmo de la Universidad de Jena, cuyo titular era Olof Klohr. En general, y mirando a nuestro entorno vasco, o del resto de España, un antropólogo, así como el sociólogo, encontrarán amplio campo de investigación en él y pueden dar con el hecho religioso vivo o en retroceso, tradicional o renovado, influyente en mayor o menor grado en la vida de los diferentes grupos. Esa mirada no podrá menos que conducirle al descubrimiento de ideas, valores, costumbres y comportamientos que están inspirados, aunque acaso inconscientemente, en la religión. Esta actúa diversamente según regiones, según clases y profesiones, según edades y sexos. Tan sólo hay que ser suficientemente receptivos ante la realidad y evitar los apriorismos.

En esta pequeña monografía se dejan de lado buena parte de los datos etnológicos que hubieran situado más vitalmente los datos religiosos. En este trabajo, ya aparece mi vieja preocupación por considerar a la religión en el País Vasco, como un fuerte elemento integrador de nuestra cultura, en tiempos aún cercanos a nosotros, en las aldeas y en poblaciones urbanas de no gran tamaño, así como mi incipiente rechazo de la noción de “religión sociológica” tan traída y llevada en algunos ambientes y, a mi juicio, mal interpretada. No insisto más, pues sobre “Sociología de la Religión y Antropología” escribí hace un tiempo, un largo trabajo que está en manos de los antropólogos que solicitaron mi concurso para una colaboración, y, por otra parte, tengo ya algo adelantada la redacción de otro acerca de la “Religión Sociológica”, sobre el “Cambio social en el pueblo” y algún otro tema.

Ergoene es un barrio de una villa industrial del Gohierri guipuzcoano. En las laderas de los montes que lo cobijan se esparcen los caseríos y, en la parte baja del valle, corre un río adolescente.

La población existente en las fechas en que se hizo este pequeño estudio comprendía 401 habitantes. De ellos, doscientos cuatro varones y ciento noventa y siete mujeres. La población, comprendida entre 0-19 años, suponía 47,8 % de la población total de Ergoene. Por esas fechas se notaron en el barrio los efectos de la inmigración interior española, pues se contaban hasta 18 familias venidas de fuera de la provincia, navarros y alaveses principalmente y otros como zamoranos, aragoneses, sorianos, burgaleses, etc.

El número de viviendas en 1955 era de 65 y otras tantas familias. En 1850 existían 49 viviendas, con las correspondientes familias y 248 habitantes. En el año de 1870 llegó hasta aquí el ferrocarril y, un poco más tarde, se construyó una iglesia, modesta, costeada por los vecinos del barrio y erigida como aneja de la parroquia de la Villa.

No todas las viviendas actuales, con sus correspondientes familias, están dedicadas a la labranza.

La economía, entre 1954-1956 era mixta, salvo en unos ocho caseríos en los que preferentemente se atendía al cultivo de la tierra. Como ejemplo de lo que se cosechaba en estos caseríos sirvan estos datos referentes a uno de ellos: unas 22 fanegas de trigo, 27 de maíz y 4 de alubias. También poseían grandes lotes de pinares y de otros árboles, como el haya, el roble y el castaño. Aunque el pino, desde bastante tiempo atrás, se había ido apoderando del espacio. Estos caseríos, poseían rebaños de ovejas y ganado vacuno en las cuadras. Estas familias que atendían más intensamente a la economía de la tierra, se apoyaban principalmente en el trabajo de los padres y de las mujeres de la familia. El resto de los caseríos poseían huerta, donde cultivaban hortalizas, algún trozo de tierra para el cultivo del maíz y de la alubia roja, unas 2 vacas, gallinas y algún cerdo. La economía de estos últimos caseríos estaba orientada al consumo de la propia familia. También los dueños de algunos de estos caseríos poseían pinares en el monte. Más la base más importante de sus recursos económicos provenían de los hombres, como obreros, en las cercanas industrias establecidas en la cabecera de su villa. Allí acudía la mayoría de los maridos e hijos del barrio a ganar el jornal. Era 44 hombres casados y 45 jóvenes solteros los que se trasladaban en autobús, en bicicleta o a pie a las fábricas cercanas. Había otros 6 hombres que trabajaban en la RENFE. Por esas fechas estos obreros cobraban un jornal base de 16,80 pts. Un obrero especialista, en la empresa más importante del lugar venía a ganar entre 18 a 23 pts. al día. Un obrero, con categoría de oficial, percibía alrededor de 25 pts. diarias. Estos sueltos permitían a estas familias mitad labradoras, el que vivieran una vida desahogada, sin sumisiones a la tiranía de la pobreza. La mujer de estos obreros atendía al caserío, es decir, al ganado, al corral, a la huerta y a los menesteres propios del hogar. De su hacendoso trabajo se surtía la casa de leche, huevos, verduras, alubias, etc. En los días más largos del año, ya desde la primavera, el marido después de su trabajo en la fábrica ayudaba en las tareas que demandaba la conservación del ganado y el cuidado de los campos.

La familia, si vivían los abuelos, estaba constituida por las tres generaciones. Salvo algunos pocos casos, la mayoría de las mujeres casadas eran naturales de otros pueblos vecinos del barrio. Naturalmente, los esposos contraían matrimonio según el rito de la Iglesia Católica y se guardaban absoluta fidelidad entre ellos. La función biológica del matrimonio era cumplida, generalmente, sin recurrir a métodos que impidieran la generación. Todavía, en 1955, a una mujer llegada de fuera del barrio, y no labradora, se le oyó decir que ella no quería tener más de dos hijos. En cambio, una mujer labradora y nativa de Ergoene, madre de 7 hijos, al hablar sobre ello decía: "Ya habrá que pensar en algo para no tener más hijos, algo como dormir el matrimonio en camas separadas". Dentro de la familia, el respeto a los abuelos por parte de todos y el de los hijos jóvenes a sus padres era la norma. La autoridad residía principalmente en el padre; pero en asuntos graves, la mujer compartía en la toma de decisiones. Como se ve, el varón y la mujer, o

el esposo y la esposa, seguían normas de división sexual de trabajo y dirigían y ordenaban espacios diferentes de la casa y sus alrededores. La mujer atendía a la sepultura familiar, no en Ergoene, sino en la iglesia parroquial de la villa a la que pertenecía Ergoene. En general, las expresiones afectivas entre padres e hijos, salvo con los niños pequeños, eran muy parcas. La casa vasca, el “etxe” aquí, como en el resto de gran parte de nuestros pueblos vascos, significaba una realidad englobadora de los familiares presentes, de los ya idos y de los del futuro. Esto tenía que ver con la continuidad del solar, indiviso, para el heredero. Aquí, en Ergoene, se seguía la costumbre generalizada del País, en orden a la sucesión hereditaria, con algunas peculiaridades que no son ahora de citar. Puesto que de religión hablamos preferentemente en esta breve monografía, debo decir que si los propietarios de un caserío, sin descendencia directa legaban sus bienes a la Iglesia, nadie fuera de ella podía reclamar su posesión.

Un aspecto importante a considerar es el que tiene relación con la socialización del niño. Fué Kardiner quien llamó la atención a los antropólogos en lo referente a la interpretación psicoanalítica de los datos que aportaban aquéllos, y quien estableció la noción de “personalidad de base” (2). Dada la importancia que tenía esta noción para la comprensión de la educación que se impartía a los niños en Ergoene, presté atención a los elementos influyentes en la socialización del niño. Lo religioso ocupaba un lugar preeminente en la suscitación de valores, normas, ideas y comportamientos en la conciencia de los niños. Era preferentemente la mujer, madre o abuela, la que desde que el niño era capaz de hablar, enseñaba al pequeño los nombres de Jesús y de María. Era una de esas mujeres la que le enseñaba a rezar el Padre Nuestro, el Ave María y, un poco más tarde, el Credo y la Salve. En algunas ocasiones se les enseñaba los Mandamientos de la Ley de Dios. De la familia que no cumplía con esta obligación se decía que no sabían educar. Les preparaban para una sociedad en la que la visión cristiana del mundo y del hombre era el modelo cultural único. Se procuraba que, para cuando asistiera al catecismo parroquial, normalmente a los 6 años, los niños conocieran estos rudimentos religiosos. En caso contrario, no faltaba la advertencia del sacerdote a los padres descuidados. Este era el comienzo del control eclesial sobre el niño. Llegado a este momento, el niño se preparaba para la primera comunión, que generalmente se recibía a los 7 años.

En las habitaciones de las casas no faltaban nunca crucifijos o algún cuadro del Sagrado Corazón, o de la Sagrada Familia, y de la Virgen de Aránzazu o de San Antonio de Padua. Todas estas imágenes contribuían a sacralizar el hogar y servían a la madre o abuela de modelos religiosos a los

(2) Claudio Esteva Fabregat, toca este tema en las pp. 63 y ss. de su obra “Cultura, Sociedad y Personalidad”, Ed. “Promoción Cultural, S.A.”, Barcelona, 1978. En el tiempo de mi investigación tuve presente la obra de Kardiner y la de Dufrenne que juzgaba aquella obra.

que invocar, pedir o imitar. A veces, llegaban a las casas calendarios para ser colgados en las paredes. A estos calendarios con imágenes de mujeres más o menos provocativas, las mujeres de los caseríos preferían los que presentaban motivos religiosos. Aquéllas se consideraban negativas para la educación de los hijos y moral de la familia. Este hecho dejaba ver el tipo de preocupaciones en que se movía la gente de Ergoene. A una con el catecismo en la iglesia, se insistía en la familia sobre la vida de Jesús, sobre el respeto a la Iglesia y a sus representantes, a los sacerdotes, a quienes siempre se les debía añadir, en el trato con ellos, el vocablo “Jauna”, al responder a alguna de sus preguntas. También se les enseñaba a que trataran al sacerdote con el pronombre “Beorri”, expresión de máximo respeto en el trato ordinario. No faltaban instrucciones o consejos, dados en el seno de las familias ante la proximidad de las fechas de la 1.^a Comunión y se controlaba en casa el grado de preparación del niño para recibirla. Con ese motivo se le instruía acerca del comportamiento que debiera tener, sobre todo, desde entonces: respeto a los mayores, obediencia a los padres, no mentir, no pegarse con nadie, no insultar, no robar, aplicarse en el trabajo, en la obligatoriedad de la misa dominical, rezar todos los días especialmente al acostarse y, llegada la edad, se le introducía en la abstinencia de carne en los días señalados por la Iglesia. Como ocurre en otros pueblos de tradición católica, se suscitaban en el niño la esperanza o el temor a las sanciones divinas, premio en el cielo o castigo en el infierno. Sobre todo el cumplimiento o incumplimiento de los mandamientos de la Ley de Dios estaban ligados a esa esperanza o a ese temor.

A los 12 años, y después de una buena preparación catequética, el niño o la niña hacían la llamada de *comunión solemne*, que era un hito entre los ritos de pasaje entre la niñez y la preadolescencia. Al contrario de la 1.^a Comunión que se recibía sin solemnidad externa, la Comunión solemne estaba revestida de ciertos elementos llamativos como el vestido de los niños y de las niñas, liturgia apropiada en la iglesia y algún plato especial en la comida de casa. No existía la costumbre de hacer regalos como se hace en la actualidad. Desde el momento de esa Comunión solemne el niño varón ingresaba en la congregación de San Luis Gonzaga y la niña en la congregación de las Hijas de María. Desde entonces, y hasta casarse en muchos casos, el adolescente procuraba cumplir con su obligación de la comunión mensual en la parroquia. A ella se trasladaban, muy de mañana, en bicicleta, la mayoría de los jóvenes de Ergoene. La parroquia distaba de Ergoene cerca de 3 Kms. La educación sexual de los niños era un tema tabú, pero a grabar ideas y comportamientos que estuvieran en conformidad con los que se tenían en el barrio acerca de la sexualidad correspondía la neta separación de varones y mujeres, desde la niñez, en cuanto a las habitaciones destinadas a dormitorios y en la separación de sexos en los juegos infantiles. Dejo de lado, por falta de espacio lo relativo a la escuela y el niño, en el proceso de socialización de éste.

Los jóvenes de Ergoene se regían por normas morales estrictas. En los comienzos de siglo los jóvenes bailaban al son del pandero y el acordeón los

domingos y días de fiesta. A dicho baile no eran admitidos los jóvenes que no tuvieran los 18 años cumplidos. Las chicas debían tener, por lo menos 16 años. No se permitía bailar a las menores de esa edad. Las muchachas que tampoco hubieran llegado a los 18 años debían bailar entre ellas, sin pareja masculina. Así se divertían los jóvenes hasta la guerra de 1936. Por supuesto, el baile terminaba al toque de Ave María. Hacia el año 1942, otra vez los jóvenes empezaron a bailar en la placita del barrio. Pero hacia el año 1954, los chicos, y sobre todo las chicas, se trasladaban al cine parroquial, en el centro de la villa. Para ello tomaban el tren a las dos de la tarde y regresaban a las 19,30 horas. Así transcurría el domingo durante el invierno. Luego, durante el verano, se reanudaba el baile en el barrio. Si bien los chicos y las chicas alternaban con ocasión del baile, no salían en cuadrillas mixtas a pasear. Los novios paseaban por sitios visibles y, al toque del Ave María en el atardecer, la novia debía estar en su casa. No se consideraba decoroso el que la chica anduviese acompañada del novio, ya anochecido. Por estas fechas los chicos solían desplazarse a otros pueblos de los alrededores, para ellos no regía la norma obligada para las chicas de retirarse a sus horas al anochecer. Ya de noche, los jóvenes, antes de entrar en sus casas pasaban un rato en las tabernas. De las jóvenes pocas salían del lugar, si no era al cine parroquial. Eso sí, en verano, ellos y ellas se trasladaban a pueblos vecinos con ocasión de las fiestas patronales. Aún así, debían volver a sus casas a la hora conveniente. La vida de los jóvenes transcurría, generalmente, entre las labores del campo, la ayuda a la madre, la asistencia a las ceremonias religiosas y las pocas diversiones ya señaladas.

La vida social de los hombres casados, fuera de las necesarias en el lugar del trabajo, transcurría sin mayores ocasiones de conversación, aparte de los encuentros ocasionales en las cercanías de sus caseríos con otros vecinos, con un aliciente, para muchos importante, el de la conversación prolongada, desde la tarde, en torno a la mesa en el bar. Era costumbre que se juntaran algunos amigos para hacer una merienda-cena. La vida social entre las mujeres casadas apenas existía, salvo la conversación entre amigas de mayor confianza entre la vecindad, las visitas al mercado de algún pueblo cercano y a las tiendas del centro de la población. Eso sí, a ellas incumbían las visitas rituales en caso de nacimiento de alguna criatura o defunción de algún miembro de la familia de algún convecino o algún tipo de ayuda en los menesteres agrícolas.

Para los adultos existían dos actos religiosos de estricta obligación: la asistencia a la misa dominical y la Comunión Pascual. En cuanto a la primera, la asistencia era masiva. Solamente se conocía el caso de cuatro personas que, normalmente, dejaban de acudir a la iglesia. Había otros dos que no eran del todo asiduos; pero tampoco del todo abandonados. En cuanto a la Comunión Pascual, salvo dos casos, era satisfecha por todos. Había uno que a calladas, cumplía con este precepto fuera del lugar. Era alguien que en el pueblo alardeaba de ser un tanto anticlerical.

La impresión que yo tuve, deducida de mis observaciones, era la de que la sanción colectiva no era implacable ni mucho menos, en lo relativo a los no cumplidores de esos preceptos. Existían diferencias en cuanto a juzgar a las personas. La primera diferencia era la relativa al sexo, puesto que el control social era mayor respecto a las mujeres que a los hombres. Y se comprende que así fuera, si se tiene en cuenta el rol religioso de la mujer dentro del hogar, al igual que existía en otras zonas rurales del País Vasco. La ejemplaridad religiosa de la mujer debía ser grande si deseaba que sus hijos siguieran el camino señalado por la Iglesia. En buena parte, por esa razón, no se conocía, salvo en casos y por razones justificadas, más que una sola ausencia.

En cuanto a los hombres, el control social era más bien benigno. En algunos casos era hasta comprensivo. El primero de ellos tenía relación con la psicología personal, un tanto hilarante y crítico, de uno de los no asistentes a misa. Pero había una razón más profunda, y era que éste, en su juventud, había trabajado durante algunos años en la zona minera Vizcaina y, había observado modos de pensar y conductas diferentes a su pueblo natal. El otro caso tenía que ver con alguien que, en su larga vida, había trabajado en la Renfe. No era, precisamente, esta empresa un lugar donde sus obreros y empleados se distinguieran por su religiosidad. El hecho es que, estos dos casos, conducen a alguna reflexión sobre las desviaciones de los individuos de una sociedad respecto a sus pautas e ideas, dentro de su cultura. Aquí, en Ergoene, otras personas trabajadoras en la Renfe, manifestaban una cierta frialdad en lo que respectaba a lo religioso, aunque cumplieran con la Iglesia. Si bien se observa, las familias a las que pertenecían algunos de ellos neutralizaban el efecto de su frialdad religiosa.

Hurgando algo más sobre esta mayor laxitud de la conciencia colectiva, siempre en relación con el precepto dominical referente a los hombres de Ergoene, debe ser señalado un hecho importante y es que durante los años de la 2.^a República, existió aquí un Centro Republicano, cosa generalmente desconocida en los pueblos rurales de Guipúzcoa. A dicho Centro pertenecían seis hombres casados y catorce solteros de ese lugar. De estos últimos, seis eran empleados de la Renfe y extraños, por su procedencia, a esta localidad. Estos últimos fueron quienes promovieron la creación de dicho Centro, propagando entre la gente del pueblo que se trataba de un Centro Recreativo. Esto último nos revela una táctica que significaba que se daba por supuesta una realidad, en principio, adversa a un planteamiento frontal de sus objetivos. Así es como llegaban a Ergoene periódicos como “La Voz de Guipúzcoa”, diario republicano, o de izquierdas editado en San Sebastián, como también se recibían los periódicos, “El Liberal” y el “Heraldo de Madrid”, ambos de ideologías de izquierda. Los nativos republicanos leían preferentemente el periódico guipuzcoano, mientras que los demás preferían los otros dos periódicos.

Este hecho ponía a prueba una pauta de comportamiento de las gentes de Ergoene, la de la práctica religiosa y, en general, la relación con la Iglesia y sus

enseñanzas. Era la primera vez, en la historia del barrio, que un grupo de izquierda laica se asentaba en él. Tal grupo cuestionaba también la enseñanza religiosa de los hijos, pues eran tiempos en que se había implantado la enseñanza laica, cosa que, en el País Vasco, había provocado una reacción muy fuerte de los católicos en oposición a dicha ley. Todo esto despertó en las conciencias de las gentes del barrio respuestas que fueron adecuadas en relación con las fidelidades vividas, hasta entonces, al calor de la idea religiosa y de la cultura vasca de aquellos tiempos. Los hijos de aquí, salvo algunas raras excepciones, siguieron con su práctica religiosa, los padres continuaron enseñando el catecismo y las costumbres tradicionales de orden moral ejercieron la misma influencia que antes entre los autóctonos. La experiencia republicana fue corta en el tiempo y eso, quizás, ahorró al barrio una mayor sacudida espiritual; pero fue la suficiente como para que, entre los hombres, se vislumbrara la existencia de otros ideales no religiosos que dieran paso a un cierto pluralismo. De todos modos, en un barrio tan pequeño, los republicanos de origen vasco extrañaban al resto; pero eran suficientes en número, y cercanos a otras personas por razones familiares, para no ser objeto de una sanción colectiva que les excluyera de las relaciones sociales dentro del barrio. Al fin y al cabo, estos republicanos, se atenían a vivir, en general, las costumbres más importantes de la vida del barrio. De hecho conocí a algunos de estos jóvenes republicanos, ya pasados unos años, que a decir verdad no acusaban pérdida de su religiosidad sino, que muy al contrario, eran excelentes personas y convencidos cristianos, a pesar de que algunos de ellos habían sufrido el rigor de las cárceles de Franco. Estos hechos invitan a reflexionar sobre las condiciones que influyen, a pesar de algunas experiencias contrarias, en el mantenimiento de las ideas y valores recibidos desde la niñez, mantenidos por el ambiente social y reencontrados personalmente en profundidad, como era el caso de algunos de ellos.

Lo que de esta descripción se deriva es el hecho de que, en aquel entonces, hubo lugar para una nueva experiencia al margen de la Iglesia, ofreció la historia una nueva opción, un reto desconocido hasta entonces a la libertad de conciencia que, sin embargo, fue desestimada por la gente del barrio. Quedó abierta a todos una posibilidad para participar en un orden social y político secularizado. En otras latitudes de España, se produjeron alejamientos importantes en relación a la Iglesia, aún por parte de aquellos que eran practicantes de sus deberes religiosos. ¿Qué había en Ergoene para no seguir ese ejemplo? Si recurrimos a la explicación de la mera presión social, no me llega a satisfacer. Evidentemente, la presión social seguía existiendo, pero no obró automática ni uniformemente en las conciencias. Los hombres, y a ellos me refiero especialmente por su importancia dentro de esta sociedad de Ergoene, mostraban una gama apreciable de comportamientos. Entre los llamados republicanos se conocían quienes aparecían distantes respecto a la Iglesia, aunque no separados de ella. Otros de entre ellos, como ya queda dicho, eran excelentes cristianos. La vinculación de todos éstos a la

Iglesia aparecía, sobre todo, en la importancia que daban y dieron luego a la educación cristiana de sus hijos. En algunos casos, las esposas influyeron fuertemente en los esposos en orden a mantener un espíritu religioso.

En el resto de los hombres, había quienes eran devotos. Estos formaban un grupo reducido. Todavía se podía añadir otros grupos: el de mayor número de miembros, constituido por personas fielmente cumplidoras con los preceptos de la misa y de la comunión pascual, aparte de los relativos a la vigilia en la cuaresma, y con otras costumbres religiosas vigentes en el pueblo; el otro grupo, muy pequeño, de remisos. De ellos hemos hablado más arriba. En realidad, los hombres aparentaban una cierta lejanía con respecto a la religión. Mas, en el fondo, la mayoría se sabían creyentes convencidos y como tales influían en sus hijos, con su ejemplo y palabra, siguiendo en ello la iniciativa de la esposa. El hombre vasco, rural, generalmente, aún en los momentos trascendentales de su vida, se manifestaba parco en sus emociones. Eso era lo que ocurría en relación con lo religioso. Era en la conversación cuando aparecían sus preocupaciones sobre la religión y lo que suponía como una guía en la interpretación del sentido último de la vida. En líneas generales, era la madre, o esposa, la que mantenía el fuego sagrado en el hogar. Su calidad humana y religiosa era la que más influía en el comportamiento religioso del resto de la familia. El mismo comportamiento religioso y moral de los jóvenes, sobre todo de ellas, era, en muchos casos, reflejo de un orden y de un espíritu familiar elevado, o algo menos elevado en algunos casos. En cualquier caso, existían diferencias en cuanto a las manifestaciones del sentimiento religioso como expresión de un arraigo más o menos profundo.

La vida social es compleja, aunque la repetición de las mismas pautas y el juego de los mismos roles cause la sensación de uniformidad. Mas no es así, aquélla es variada en las interpretaciones personales (cosa que ya habían observado Malinowski y Kardiner, y hoy en día Dahrendorf, Boudon, etc.), las de los grupos, como las familias respecto a todo el sistema social. El no tener en cuenta la riqueza de matices existente en la realidad social, el no profundizar en el sentido íntimo de lo que expresan las personas sometidas a ciertas presiones sociales, conduce a errores interpretativos que, en ocasiones, se convierten en tópicos como el de la "Religión Sociológica". En ocasiones, la conciencia no tiene una idea neta del por qué de sus actos, sino una idea confusa y un sentimiento básico, el suficiente para dar un sentido a la acción social. El hombre, a veces actúa ilógicamente; pero no siempre. Si en Ergoene, de entonces, se ahonda en los comportamientos de los hijos ya casados, se observan en ellos, en ciertos aspectos de su vida religiosa y moral, bastante adecuación entre los valores, normas y comportamientos que les influyeron en el proceso de su socialización como niños y, luego, como adolescentes, y el comportamiento posterior de los mismos. Estos, al casarse, continuaron en buena medida y, al menos (hasta el tiempo del cambio social que experimentó el pueblo más tarde), entre los que se quedaron a vivir en el barrio, el mismo proceso imprimido a ellos antes, en relación a sus propios hijos.

Por iniciativa, ya lejana en el tiempo, de un sacerdote, en Ergoene se practicaba una costumbre que no era habitual en otras partes de Guipúzcoa. Por lo menos tres veces al año, todo el pueblo, sobre todo los adultos, eran invitados a la recepción de los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Para ello, y haciendo coincidir el día con un sábado, se hacía venir a un religioso de algún convento cercano. Desde las tres de la tarde, el religioso pasaba horas confesando primero a las mujeres y ya al atardecer y mañana del domingo preferentemente a los hombres. El domingo a la mañana se celebraba la misa, participando todos en la comunión general. Por la tarde de ese mismo día, a eso de las tres, se exponía el Santísimo, se rezaba el Rosario, predicaba el fraile y terminaba todo con la bendición eucarística. Se procuraba que uno de esos días de comunión y confesión general coincidiera con la cuaresma. Con ese motivo, un predicador hablaba a la mayor parte de los hombres y mujeres del pueblo durante una semana, sobre las verdades religiosas. Estas prácticas no eran obligatorias, ni existía ningún control respecto a los asistentes, pero las gentes del barrio las habían hecho suyas.

Durante el año casi todas las jóvenes y buena parte de las casadas recibían la comunión en la misa dominical. En cambio ningún hombre bajaba del coro para ello. El mes del rosario, devoción tradicional entonces en la liturgia católica, se celebraba en el mes de diciembre, con buena asistencia femenina. El trasladar a este mes la práctica de esta devoción y no en el mes de octubre, como era costumbre en general, no es otra sino que en este mes aún urgían a los vecinos las labores del campo. Todas las familias sin excepción, contribuían, anualmente, a los gastos de la Iglesia. En la mitad de las familias de Ergoene se rezaba diariamente el Rosario. Apenas nadie trabajaba el domingo, salvo en la época de cosecha y eso cuando el sacerdote anunciaba que quedaban libres del descanso dominical. En Ergoene, desde bastantes años atrás, no se iba a la casa del sacerdote en busca de la cédula acreditativa del cumplimiento pascual. Más de la mitad de las familias poseían un aparato de radio y la mayoría de ellas conectaban con la misa radiada desde el Santuario de Aránzazu. Unas 20 familias recibían la revista religiosa "Aránzazu".

Las vocaciones sacerdotales y religiosas son un índice de la fe en las familias y en la Sociedad. En este tiempo había dos sacerdotes seculares, cuatro religiosas y un seminarista (hoy sacerdote), hijos del barrio. También se contaban cuatro religiosas. En total once consagrados a Dios, o sea un 2,7 % de la población.

Para las gentes de Ergoene la Iglesia era la expresión concreta de su mayor o menor fidelidad a Dios. Conocían sobre ella que Jesús la había fundado, que el Apóstol San Pedro fue el primer papa establecido por Jesús. También conocían, por haber oído comentar muchas veces en la predicación, que Pedro era la piedra del edificio de la Iglesia; pero también estaban enterados que el Apóstol no fue fiel a Jesús en los momentos difíciles de la Pasión. No tenían hábito de leer la Biblia, pero todos estaban informados del

nacimiento milagroso de Jesús, de sus milagros, de su divinidad, de su Pasión y Muerte y también de su Resurrección. Recibían los Sacramentos, especialmente el de la penitencia y el de la Eucaristía, conocían los misterios principales acerca de María y se encomendaban a ella y, también, tenían devoción a las almas del Purgatorio. Asimismo, creían en el Cielo y en el Infierno. Estaban al tanto de las parábolas de Jesús, o al menos, de algunas de ellas, tales como la del hijo Pródigo y las del Buen Pastor, así como las parábolas de carácter agrícola. Todo esto último se les hacía familiar por la propia existencia de ellos como labradores y padres de familia. No era su Fe una mera práctica ritual, sino que estaba actualizada más o menos vitalmente con altas verdades, básicas, sencillamente conocidas y suficientes para sentirse cristianos.

Ergoene era una comunidad en el sentido de Tönnies, una *Gemeinschaft*. Las familias, de tipo extenso, venían a ser un cauce de relaciones tradicionales entre sus miembros. A ellas volvían, todavía, los hijos casados fuera, con motivo de algunas fiestas. Así continuaba la vuelta a las raíces. Además de la unidad familiar, como elemento básico del sistema social, se podían detectar agrupamientos de caseríos vecinos entre sí y que mantenían aún ciertas relaciones mutuas apoyadas en las costumbres. Pero un dato muy significativo para aquellas fechas, era que, por lo que pude deducir de mis observaciones, en alguno de estos agrupamientos, o “auzo” se habían dejado desaparecer las redes de senderos que servían de enlace de unos caseríos con otros. El individualismo se había introducido en ese grupo. Pero, también, en otros agrupamientos se iban debilitando los lazos acostumbrados. Probablemente, esto tenía que ver con la dedicación de la mayor parte de los varones de Ergoene al trabajo fabril. La organización económica de la aldea había cambiado. El trabajo exclusivamente rural, dentro de las familias, requería, en ocasiones, una colaboración de miembros extrafamiliares. Al someterse los hombres a las exigencias de la economía industrial, cambiaron sus horarios, cambió su trabajo, y se perdieron, en buena parte, las ocasiones de la mutua colaboración. Creo que es interesante observar que, a pesar de la vida obrera de estos hombres en empresas industriales, aquellos mantenían, en buena parte, mentalidad rural. El entorno social del barrio, las preocupaciones inmediatas de los trabajos de un caserío, aunque no explotado con intensidad, y el hecho de que toda la existencia de los nativos estaba unida a una tradición de pautas sociales y familiares propias de una familia labradora hacían que dicha existencia tuviera sus raíces más profundas en la cultura rural. Lo contrario sucedía a los obreros inmigrados en Ergoene, no tenían raíces, ni en la localidad, ni en las casas. En medio del debilitamiento progresivo de los lazos comunitarios del grupo, se conservaban algunas costumbres, como el de cuidar el “andabide” o camino que se utilizaba exclusivamente para llevar los cuerpos de los difuntos a la parroquia o al cementerio.

En Ergoene las familias estaban bien establecidas y firmes en sus bases éticas y económicas, los agrupamientos empezaban a ceder en su estructura

interna, pero existía una institución importante que mantenía la cohesión entre los miembros de dicha comunidad, era la Iglesia. Esta proporcionaba a las gentes de Ergoene una cosmovisión religiosa acerca del sentido del Universo y de la vida humana y, por lo tanto, el sentido de la vida moral, individual y social. Influyó determinadamente, por aquel entonces, en la concepción de la familia, de la vida conyugal, de la sexualidad en general, de la educación, de las relaciones entre vecinos, de la necesidad del trabajo e influía hasta en el mismo modo del ocio. Es, con estas consideraciones, que apareció en mi mente lo que ya otros habían dado a entender, es decir, el valor de la religión católica como institución integradora de la vida cultural de muchos pueblos de Euskadi. Más tarde, en mi obra “La Comunidad de Pescadores de Bajura de Pasajes de San Juan”, he tratado de profundizar en esta misma idea. Aunque, hay que confesar, que aún quedan hilos que ordenar en esta teoría, tales como el de la economía que me parece haber llevado, desde hace muchos años, una vida autónoma en relación a la Institución eclesial y a su moral. Esto plantea algunos problemas.

En este grupo social de Ergoene se hacía sentir la vitalidad social de la Iglesia. Dicha vitalidad se traducía en la influencia efectiva de los cuadros eclesiales sobre los miembros sujetos a ellos, en su poder para convencer, animar a los fieles a su adhesión permanente a aquélla por medio de una obediencia activa, por la asimilación de los preceptos y consejos de la Iglesia, por la influencia en sus usos y costumbres, por medio de la pureza en la Fe. Era una forma de constituirse en grupo, con valores jerarquizados que contribuían a la cohesión de la gente de Ergoene.

Esta vitalidad social de la Iglesia, sin más, puede conducir a un grupo de creyentes a un formalismo o a una objetivación de la vida religiosa como si ésta se identificara con una vitalidad meramente eclesiástica. La vitalidad religiosa se manifiesta por medio de una aceptación activa de los dogmas o doctrinas, preceptos y consejos de la Iglesia. Mas la vitalidad social de la Iglesia no deja de ser un indicador de la vitalidad religiosa. Aquélla fomenta las condiciones religiosas en el grupo; pero es el impulso de la Fe el que impide que la Iglesia quede en mero esquema formal, estructura vacía de contenido. La expresión de la Fe y su actualización son inseparables. Los ritos, los símbolos, las estructuras son indispensables; pero llenarlas de vida con la Fe, esperanza y calidad de sus fieles es lo importante y ahí radica la vida religiosa, la vida cristiana.

El sencillo análisis mostrado hasta ahora nos revela una actividad religiosa múltiple que se ofrece como indicadora de la incidencia de la Fe en la vida individual, familiar y social, en Ergoene y según edades y sexos en relación con preceptos ineludibles para el católico y otras acciones libres, o devocionales, sus símbolos y sus ritos. *El que esa vida y religiosidad fueran tradicionales no les impedía ser vitalmente religiosas en sectores bastante amplios de esa población.*

¿Qué pensaba acerca de su Fe, en el interior de su conciencia, la gente de Ergoene? Pretender apoderarse del secreto religioso, o relativo a la Fe, que se guarda en la recámara de la conciencia del hombre, es tarea que toca lo imposible. La Fe no es mensurable. El “muchacha Fe” o “poca Fe” son frases que representan calidades que nadie puede graduar ni medir. La relación profunda entre Dios y el hombre y su fuerza de impregnación en la vida de un individuo determinado es algo inasible, es misteriosa. Que todos los de Ergoene creían, parecía verdad. Que todos creyeran con el mismo vigor, ya no es tan cierto. Aduciré dos ejemplos: 1.º se refiere a un hombre, de los republicanos en su tiempo. Cuando le llegó su última enfermedad, envió a su hijo para que le llamara al sacerdote. Este le confesó y le administró el Viático. Cuando llegó el momento de administrarle el sacramento de la Extrema Unción, el sacerdote le aplicó con su dedo el óleo en los labios, como mandaba antes el ritual. En ese momento el enfermo espetó al cura esta frase: “Cochino, el aceite que vosotros dais y el veneno todo es igual”. Naturalmente esta frase, y en aquel momento, dejó perplejo al sacerdote. Debo decir al lector que este enfermo era el mismo que, a calladas, solía trasladarse anualmente, en tiempo pascual, a la ciudad de San Sebastián para confesarse y comulgar. Este caso no era típico en la aldea, sino una notable excepción en lo relativo al comportamiento de las gentes de ese lugar ante la muerte. Este hecho no deja de hacernos vislumbrar las complejas profundidades de la conducta humana. Fidelidad, por un lado, al precepto del cumplimiento pascual y esa actitud, por otro, ante la muerte, no se compaginan. Quizás aparece aquí el problema de la diferente interiorización de valores que, a pesar de la experiencia republicana, demostró ser en general, bastante efectiva en cuanto a la ordenación de la vida religiosa en el futuro; pero, a lo que se ve, no pareció suficiente en el caso que comentamos. Para la mayoría del barrio no cambió la visión del mundo y del hombre y continuó actuando hasta la muerte de uno o hasta el momento actual de otros. Quizás entrevieron que sus vidas, con toda la complejidad de situaciones sociales y éticas inherentes a un cambio en la Weltanschauung les conduciría a un vacío insoportable. Parece que su internalización, para la mayoría fue aceptable. El caso de nuestro enfermo bien podía ser un ejemplo de contradicción interna, estimulada por la costumbre que siguió al demandar los sacramentos, por una parte, y sus ideas republicanas, entonces ligadas al laicismo, por otra.

Además de este caso, no faltaban quienes decían respecto a la Iglesia frases como: “los curas viven a nuestra cuenta”, “si aceptas todo lo que dicen los curas vas listo”, etc. Estas frases no expresan ideas comunes a todas las personas; pero sí una protesta de algunos respecto al clero. Otras veces, se decían en broma frases que no significaban gran cosa en el fondo. De todos modos, estos hechos y frases nos descubren los límites que, de alguna manera, oponían algunas personas, casi siempre hombres, a la influencia de la Iglesia. El pequeño mundo de Ergoene era más complicado de lo que a simple vista aparecía.

La vida religiosa de las personas de Ergoene no era la de unos grandes teólogos pero sí de sencillos creyentes. Mas también eran pecadores. No faltaban murmuraciones, ni envidias, ni la gula, ni las mentiras, ni el orgullo, en algunos, de alguna riqueza mayor que los demás. Como caso raro, que por otro lado manifiesta la normalidad en las relaciones mutuas, sucedió alguna riña entre una vecina nativa del barrio con otra extraña al pueblo. Esto fue algo que llamó la atención. Apenas se oían blasfemias y tan sólo existía la sospecha sobre alguien, que al parecer, denunció a algún otro vecino por razones políticas en tiempo de la guerra civil. De eso apenas se hablaba o no se quería recordar. De todas maneras, dicho denunciante quedaba un tanto descalificado entre los demás, lo cual hacía entrever las ideas políticas de los otros vecinos disconformes con la nueva política de Franco. No faltaban en la taberna, y entre hombres, conversaciones inmorales y alusiones atrevidas al sexo dirigidas a las sirvientas del bar. Ese era el tributo rendido a la carne, universalmente atrayente. En cambio, no eran conocidas las relaciones extramaritales, ni se conocían hábitos fornicatorios en la juventud. Ambas cosas eran fuertemente censuradas, o mejor, sometidas e impedidas por el control social.

La vida social entonces, era apacible y regulada, sin mayores contradicciones, por la cultura tradicional. Pero todo esto sufría un cambio en la década de los 60 y más en los inicios de los 70. Desde esas fechas últimas, solamente asisten a misa, en la actualidad, las personas mayores de 45 años para arriba. Estos son los que no han aceptado el cambio en sus costumbres religiosas y, ante la conducta contraria de otros, se han reafirmado en ellas. Los niños acuden a la Iglesia y también los adolescentes hasta los 18 años. Desde los 14 ó 15 años, ellos y ellas se preparan para recibir el sacramento de la Confirmación. Recibido éste, abandonan la práctica religiosa dominical y entran en el ancho mundo actual de la indiferencia, al menos práctica. Ya no todos se casan por la Iglesia. Dos parejas se han dado la palabra, una por medio del matrimonio civil y la obra en forma de unión libre, ni tampoco han bautizado a sus hijos. Entre los agentes sociales que han influido en el abandono de la práctica dominical,, puede señalarse a un religioso (en el barrio dicen que luego se secularizó), que ofreció unas charlas a los jóvenes del barrio hará unos 12 ó 15 años. En una de las charlas les vino dar a entender que la obligación de oír misa en días de fiesta no era tan urgente como se decía siempre. Afirmaba el fraile que si algunos días no tenían ganas, no era preciso esforzarse en asistir a participar en el culto dominical.

Este tipo de enseñanzas ha existido también en otros pueblos. En la ocasión que estamos comentando, los jóvenes comentaban luego, en la taberna, la salida del fraile un poco extrañados de ello. Esta acción de ese clérigo nos descubre la disfunción de este agente religioso en relación con lo mandado por su propia Institución. Tales contradicciones, dentro de una Institución, conducen a la confusión de las gentes y pérdida del prestigio necesario para la

Institución. Esta debe manifestarse coherente si quiere que se respete su doctrina y su enseñanza moral.

Ese proceso que, en cuatro rasgos, acabo de describir, ha sido explicado más ampliamente por mí, en mi obra arriba citada. Y voy pensando, gracias a otras referencias que poseo, que el proceso de deseclesialización salvo peculiaridades de cada lugar, ha seguido la marcha que le han imprimido una serie de factores similares en todos ellos, y entre éstos casi siempre aparece el clero, algún miembro del clero secular o regular.